

Asuncion á los cielos y coronacion por Reina de los ángeles y de los hombres, ¿no deberemos fijar nuestra atencion en la enseñanza sublime que de estos hechos se desprende?

Nunca podemos aspirar á una gloria semejante á la de María, nunca podremos merecer tanto como ella, porque ninguna criatura ha recibido tanta gracia, como le fué concedida á la destinada para Madre de Dios, y la razon creemos haberla insinuado ya con Santo Tomás de Aquino en otro lugar de esta obra: *Dios dá á cada criatura la gracia en proporcion á la dignidad á que la destina*. Empero si esto es una verdad innegable por la que probamos atendida la dignidad de María, con la que ninguna otra puede compararse, que ella es la criatura que mas gracias ha recibido, tambien lo es que el Señor que quiere que todos se salven y ninguno perezca, á nadie niega el auxilio de su gracia sin la que ciertamente pereceriamos á través de los mil escollos y peligros que nos rodean en este valle de lágrimas y de miserias en que vivimos, y esta gracia que el Señor concede, se vá aumentando progresivamente en proporcion que la criatura vá correspondiendo á ella. En María no pudo tener aumento la gracia, toda vez que desde el instante de su Concepcion Inmaculada le fué concedida, como á su tiempo dijimos, no solamente toda la plenitud de la santificante, sino á mas todas las llamadas por los teólogos *gratis datas*: empero su vida toda fué una no interrumpida cadena de merecimientos, premio de los cuales fué el triunfo de su Asuncion á los cielos y coronacion. Reasumamos para concluir y sacar una consecuencia de gran utilidad, cuanto hemos dicho en este libro acerca de las virtudes de la Santísima Virgen y de su correspondencia á las gracias con que plugo enriquecerla á la diestra del Escelso.

¿Qué es lo que hace á los mundanos amarga la memo-

ria de la muerte? No otra cosa que el deseo de poseer las grandezas de la tierra y el apego á los bienes del mundo, como se lee en las páginas de la Escritura Santa¹. Nada hubo para la Bienaventurada Madre del Salvador mas distante de su corazon que el apego, asi á las grandezas de la tierra como á las riquezas, móvil las mas veces de trastornos y de pecados. Ella contaba en su ilustre ascendencia muchos reyes y soberanos pontífices, patriarcas y esforzados capitanes, como nos demuestra San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio. Cuando se verificó su nacimiento hallábase como oscurecido el lustre de la descendencia de David; asi es que no obstante lo ilustre de su linaje, y de estar destinada para concebir en su seno virginal al Verbo Eterno, María vivió en sus primeros años pobremente en compañía de sus padres Joaquin y Ana, en la pequeña villa de Nazareth en Galilea. Adornada de un entendimiento superior, y en el libre uso de su razon por un privilegio extraordinario desde el instante de su animacion, conocia sus derechos á tener parte en la casa real, pero en vez de hacerlos conocer, el amor la lleva á Dios, con la velocidad que la piedra busca el centro de su gravedad. Nada hay de verdad en la grandeza, en los honores, en los bienes de la tierra: María lo conoce y por eso busca la verdad sobrenatural que es Dios. Santos son sus padres, y grande el amor que la profesan: esto no obstante, en alas de su amor se dirige al templo cuando solo contaba tres años de edad, y en el deseo de atender tan solamente al servicio de Dios al que ha hecho formal y completa entrega de su corazon. Niña es y ya se presenta cual una torre inespugnable, fuerte cual un ejército ordenado: nada pue-

¹ Oh mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis! Eccli. XLI, 4.

de contra ella el enemigo de la humanidad. Los grandes ejemplos de virtud que dió durante su permanencia en el templo lo vimos demostrado en el capítulo que en la primera parte de esta obra dedicamos á este asunto.

La humildad mas profunda resplandeció en todos los actos de su vida: aquellas espresiones que contestó al ángel cuando le anunció el gran Misterio de la Encarnacion del Verbo en sus purísimas entrañas, *hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*, nos demuestra que su humildad no podia tener aumento. Cuán aceptable era á los ojos de Dios esta humildad de la Señora, lo declara la misma, diciendo á Santa Brígida: «el motivo porque yo recibí tanta gracia, fué porque pensé y conocí que por mí nada era y nada tenia, porque deseché las alabanzas propias y no quise que fuese alabado sino el dador y criador de todas las cosas!»

Su obediencia es incomparable, y tanto, que el Padre San Agustin dice que María reparó con su obediencia el daño que hizo Eva con su desobediencia. Obediente á la voz de Dios acepta la maternidad: obediente á las leyes emprende un penosísimo viaje para empadronarse sin escusarse por el estado en que se encontraba: sumisa á la voz de su esposo emprende otro nuevo viaje á Egipto para libertar á Jesus de la tiranía del cruel Herodes. Amado á su Dios con todo su corazon, con toda su alma, como mandaba Moisés, no encontraba mas gloria que estar retirada con él, en la oracion ferviente, demostrando su amor al prójimo, aquella prontitud con que interpone sus ruegos para que su divino Hijo convierta el agua en vino en las bodas de Caná. Su pureza fué superior á la de los mismos ángeles: tan

¹ S. Brig. Rev. lib. II, cap. 23.

amante fué de la virtud de la castidad, que como dice San Alfonso de Ligorio, citando á otro autor, por conservarla hubiera renunciado aun la dignidad de Madre de Dios¹, y esto se infiere, dice el mismo santo, de las mismas palabras que respondió al Arcángel: *¡Cómo ha de ser eso! Cuando yo no conozco varon, ni jamás conoceré varon alguno*; y de las palabras que añadió despues: *Hágase en mí segun tu palabra*, es decir que daba su consentimiento, segun se lo aseguraba el Angel, porque llegaria á ser Madre no por obra de varon, sino del Espiritu Santo.

Cuando hemos descrito las trájicas escenas de la calle de la Amargura y del Calvario, fijamos nuestra consideracion en la Maestra de la humanidad. Llena de resignacion y conforme con la voluntad divina, la vimos sufrir en su corazon los mas terribles tormentos al par de la Divina Victoria que se sacrificara por la salud del mundo. ¿No ejercitó en el Gólgota de un modo heróico y admirable todas las virtudes? ¿No se presenta en ese monte santificado por la sangre de un Dios-Hombre, como un perfecto modelo, ante el cual queda confundida toda la arrogancia y altanería del misero mortal? Despues de la Ascension de su divino Hijo á la gloria, ¿no cumple como hemos visto, con la mayor exactitud el cargo que la confiere el Salvador de Maestra de la naciente Iglesia? ¡Conducta admirable, coronada por una muerte preciosa!..

Enseñanza sublime la que encontramos en cuanto acabamos de decir. Discurre San Juan Damasceno sobre el triunfo de la Santísima Virgen en su tránsito feliz al cielo y su coronacion, y esclama de este modo: «Fué verdaderamente bienaventurada porque dió oídos á la palabra de Dios y sa-

¹ S. Alf. Ligor. Glorias de María. Tom. I, párrafo de la Castidad de María.

lutacion del Angel, en virtud de la cual sin concurso de varon concibió al Hijo de Dios, le parió sin dolores y se consagró toda á Dios; y siendo así ¿cómo la muerte habia de apoderarse de ella? ¿Cómo el infierno habia de tener parte en ella? ¿Cómo la corrupcion habia de invadir aquel cuerpo en el que tomó carne el que es la verdadera vida? Asi comprende este Padre, las razones que movieron á la Trinidad Beatísima para ordenar en sus altos consejos la Asuncion en cuerpo y alma de la Santísima Virgen María á los cielos, que constituye el triunfo y la recompensa de sus virtudes. ¿Y cuál es la enseñanza que deciamos desprenderse de este triunfo de María? Es muy sencilla: que el grado de gloria que los que se salvan gozan, es proporcionado á los méritos que allegaron sobre la tierra¹: pero ninguna de las mansiones de la celestial morada dará entrada á los que no hayan logrado la dicha de morir en el ósculo del Señor.

Grande es el entusiasmo que las almas cristianas experimentan al contemplar las magnificencias de María: ellas nos demuestran su poder, así como sus bondades y su maternidad espiritual es el fundamento de la esperanza que en su proteccion ha fundado siempre el mundo cristiano. Las generaciones, una en pos de otra vienen reconociendo estas consoladoras verdades: Desde el dia mismo en que la Virgen María abandonó la tierra para ser coronada en el cielo, los fieles de la militante Iglesia la han invocado como su mas poderosa y eficaz medianera. En las mas sólidas razones se apoya esta conducta. Un hijo que viera á su madre ocupando un trono en la tierra, ¿no se sonreiria á la consideracion de un porvenir venturoso? Del mismo modo

¹ S. Joan. Damasc. Orat. 2 de Dormit. B. Mariæ.
² In domo Patris mei mansiones multæ sunt. Joan. XIV, 2.

el cristiano tiene motivos de regocijo y de grande confianza acerca de su suerte. María es para todos Madre y es tambien Reina: el primer título lo recibió en el Calvario de lábios de su divino Hijo, al paso que el segundo lo conquistó con su fidelísima correspondencia á la gracia, y las heroicas virtudes que la hicieron espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. A ella obedece toda la naturaleza en virtud de los privilegios de que ha sido investida por la diestra del Omnipotente: una madre se complace siempre en dispensar sus favores y en colmar de beneficios á los caros objetos de su amor y de su ternura. ¿Y habrá quien dude del amor de María para con los hombres? «El amor de los hijos», dice San Alfonso de Liguorio, es un amor necesario¹, y esta es la razon, dice el mismo, porque reflexiona Santo Tomás², que en la ley divina se ha impuesto á los hijos precepto de amor á los padres; pero al contrario, no hay precepto espreso á los padres de amar á los hijos, porque el amor hácia los propios hijos es un amor infundido con tanta fuerza por la misma naturaleza, que hasta las fieras mas salvajes, no pueden dejar de amar á sus hijos, como dice San Ambrosio³.» Este amor necesario, es en María extraordinario, como vamos á demostrar.

Sabido es, y que lo hemos visto demostrado en el curso natural de esta obra, que María fué enriquecida y adornada por Dios con todas las gracias y carismas celestiales: predestinado Jesus para Reparador de la estirpe culpable, lo fué María para cooperadora suya en esta obra de su amor para

¹ Glorias de Maria. Tom. I, cap. I, pár. III.
² Opusc. LX, cap. IV.
³ Natura hoc bestiis infundit, ut catulos parvulos ament. Lib. VI, Exam. cap. IV.

con las criaturas: asociada por lo tanto á su divino Hijo, é identificada aun en sus mismos deseos, su corazon fué, dice el Justiniano, el espejo perfectísimo de la pasion y muerte de Jesucristo¹, siendo necesario que en todo se hiciese semejante al Redentor que se inmoló por la salud del mundo. Asi al mismo tiempo que hemos visto á Jesucristo sufrir por el rescate de la humanidad tormentos cruelísimos y la mas trájica de las muertes, hemos contemplado á María, sufriendo en su corazon los mismos tormentos que la divina Víctima en todas las partes de su cuerpo. Una misma causa produjo ambos martirios: tanto amó Dios al mundo que dió á su Unigénito por salvarnos: de tal modo nos amó Jesucristo que se entregó voluntariamente á los tormentos y á la muerte por borrar la escritura de nuestra maldicion, y rescatarnos los derechos que teniamos perdidos á la posesion del cielo: pues bien, de tal modo amó María á la humanidad, que sabiendo que solo podia salvarla el sacrificio cruento de la muerte de su Hijo, sufre en silencio y sin exhalar la menor queja, tormentos que esceden incomparablemente á los que han experimentado despues los invictos mártires de la Religion. El corazon de Jesus estaba inflamado en el fuego del amor á las criaturas, y María que como hemos dicho, estaba identificada con los mismos deseos y aun pensamientos de su divino Hijo, ardía en su corazon el mismo fuego de la caridad, por lo que deseaba con inmenso amor en la muerte de Jesus el morir por amar á las criaturas.

Si abrigáramos la mas ligera duda acerca del amor de la Santísima Virgen para con nosotros, bastarianos fijar nuestra consideracion en aquella hermosa manda y precioso le-

¹ Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago. Justin. lib. de triumf. Christi agone.

gado con el que el Señor quiso enriquecernos pocos momentos antes de exhalar el postrer aliento en el árbol de la Cruz, y á cuyo don precioso hemos dedicado un capítulo de esta obra: *Hé ahí á tu Hijo... Hé ahí á tu Madre*; tales son las palabras que constituyen la herencia estimadísima de nuestro corazon: de este soberano mandato, nacen obligaciones de un amor reciproco entre María y los mortales. Aceptada la maternidad humana por María, aceptó necesariamente sus consecuencias y deberes, á los que nunca puede faltar la Maestra de la obediencia. El amor, el cuidado de los hijos, forman aquellas obligaciones, y cada dia la humanidad recibe pruebas tangibles del modo con que la Virgen María vela por sus hijos. ¿Qué significa tanto entusiasmo por sus glorias? ¿Por qué el mundo en toda la estension del Cristianismo, ha elevado en su honor tantos y tan preciosos monumentos? ¿Por qué su proteccion es implorada por millones de fieles que rodean los bellos simulacros que nos recuerdan los misterios de su vida, ó nós la representan bajo diversas y á cual mas bellas advocaciones? ¿Qué significa ese grito uniforme unísono que invoca el nombre de María que es tan simpático al corazon y que se halla como impreso en nuestros lábios? Es el convencimiento de su amor y de su poder: el justo que en descanso de una conciencia tranquila contempla sus magnificencias: el pecador que se esconde bajo su manto protector: el huérfano que la llama en su auxilio: el náufrago que la invoca en el momento supremo en que se ve próximo á una muerte desastrosa en el fondo de los mares: el mendigo que en su nombre implora el pan de la caridad, todos saben que su poder de Reina y su amor corresponden á la general confianza que la humanidad en ella deposita.

Es consolador el unánime sentimiento de todos los pue-

blos cristianos en este punto. ¿Qué se dice en todas partes de la Madre de Dios y de los humanos? Aquí es una ciudad rica y poderosa que se libró de las consecuencias de un espantoso terremoto, por la intercesión de María, á la que el mar y los vientos obedecieron. Allí es un pueblo que se gloria en tributar cultos á una bella imagen de la Señora del mundo, milagrosamente aparecida para consuelo y amparo de los fieles de aquella localidad. ¡Cuántas historias! ¡Cuántas tradiciones que nos revelan lo mucho que la humanidad debe á su bellísima co-Redentora! Ciertos estamos, como lo estaba San Bernardo, que si la rogamos nos oye y si ella ruega por nosotros es escuchada. Justo es que al concluir de narrar la historia de la Santísima Virgen María, y antes de entrar en la esplicacion de las advocaciones bajo las cuales el Cristianismo la saluda, y en la reseña de las principales entre las imágenes suyas que en España son objeto de la devoción mas entusiasta, demos una rápida ojeada á la antigüedad del culto que la Iglesia la tributa, con el objeto de confundir la arrogancia de los que, enemigos declarados de la Soberana Emperatriz de todos los serafines, tratan de persuadir á los fieles que no se conocía la devoción de María en los primeros siglos del Cristianismo, habiéndola enjendrado despues el fanatismo. No necesita ciertamente el culto de la Virgen María, de la exigüidad de nuestra defensa: nada significará cuanto pudiéramos decir al lado de los sábios discursos de un San Bernardo, y de otros Padres y célebres escritores que emplearon sus claras luces y privilegiadas inteligencias en trabajar sobre un tema tan fecundo y de tamaña importancia: esto no obstante nos creemos obligados á completar en cuanto nos sea posible esta obra, por exigirlo así la gloria de una Madre cariñosa y la gratitud de hijos agradecidos.

CAPITULO XI.

Del culto de la Virgen Madre.

Una impiedad ciega y orgullosa, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Obligacion es pues de todos los que se glorian de ser hijos de esta cariñosa Madre coadyuvar á destruir el edificio de la iniquidad, emprendiendo la defensa de sus soberanos derechos, levantando de su abatimiento las piadosas prácticas de su devoción, y este deber es aun mas imperioso en los que por la unción sagrada hemos sido elevados á la dignidad del sacerdocio. La marcha del siglo XIX no necesitamos estudiarla: está patente á nuestra vista: las doctrinas emanadas de las escuelas filosóficas que el orgullo y la impiedad erigieran en el pasado siglo, minan los cimientos de la Religion, que sin duda triunfa por María de todos sus enemigos. Criminales nos haríamos y acreedores al castigo del cielo si en las circunstancias presentes permaneciésemos como perros mudos sino nos presentáramos al combate revestido nuestro pecho con la coraza de la fe y empuñando con nuestra diestra la poderosa arma del razonamiento fundado en los libros santos y en la tradicion. Verdad es que la hija del cielo, la religion santa ha tenido en todos tiempos denodados adalides que animados por un celo santo hánse empleado en la defensa de la mas justa de todas las causas. Sin embargo, muchas veces hemos deplorado en el fondo de nuestro corazon la indolencia de algunos sábios que contentos con orar entre